





LA CIUDAD DE LOS CESARES

por Enrique Campos Menéndez

Hay temas recurrentes que, como esos ríos que se funden bajo las arenas, reaparecen con el mismo fulgor e intensidad cada cierto tiempo. Es que el hombre no quiere perder la bella ilusión de que algunos hechos, seres o cosas sean ciertos. No le basta que la ciencia oficial le demuestre su realidad en forma enfática. Así, a través de los tiempos, el ser que se proclama racional aparece persistentemente atado a las más lujuriosas quimeras.

Tal es el caso de la "Ciudad de los Cesares". Nuestro territorio magallánico ha sido, desde siglos, escenario y asiento de la dorada leyenda. ¿Es ello producto de nuestra lejanía, del desconocimiento cabal de nuestro ámbito geográfico, del aura mítica que nos rodea? Todo esto, en mi concepto, contribuye a mantener viva la leyenda de la Ciudad y su empujamiento en nuestros confines magallánicos.

Hace algún tiempo tuve el deleite espiritual de asistir a la sesión solemne de nuestra Academia de la Lengua, en que recibíamos como miembro de número al fino y culto Alfonso Calderón. El escritor, al margen de sus obligaciones protocolares —que en las Academias son inexorables—, nutrió su discurso por las rufas de la fantasmagoría y nos introdujo, por atajos deslumbrantes e inespersados, a la legendaria Ciudad de los Cesares.

¡Y, cosa curiosa!, a medida que Alfonso Calderón se acercaba a la mítica ciudad, también se acercaba en su celoso seguimiento de la quimera a nuestra región magallánica. Tuve la sensación de que si su discurso duraba un poco más, me iba a encontrar, de pronto, caminando bajo el sombrero verde de los añosos árboles de nuestra Plaza Muñoz Gamero...

De acuerdo a lo que el ha espigado en los libros reservados del tesoro de nuestra Biblioteca Nacional (es el más asiduo, calificado y docto de nuestros ratones), el mito de la ciudad fantasma habría comenzado en la región del Plata, en un fuerte llamado Sancti Spiritus, allá por el siglo XVI. Para ser preciso, en octubre de 1529. El explorador veneciano Sebastián Caboto mandó, en ese entonces, a quince de sus mejores hombres "para que fuesen por la tierra adentro a descubrir las minas

de oro e plata e otras riquezas que hay en aquella tierra". Al cabo de cincuenta días, regresaron siete de ellos diciendo que "había tanta riqueza que era maravilla, de oro e plata e piedras preciosas". Contaban, además, que el señor de la ciudad los había tratado de cuerpo de rey y los había comado de portentosos regalos. El capitán del grupo y principal relator de estos prodigios se llamaba Francisco... ¿César?

Este es quien bautiza la quimera de la ciudad encantada. En la imaginación de los aventurados capitanes y la ansiosa soldadesca, la esquinada ciudad huye por los mapas, hasta terminar por guarecerse en la fortaleza de hielos y rocas de la región magallánica.

Alanzando la leyenda, se cuenta que el piloto práctico Juan García Tas sale en tres dalcas desde Castro, en Chiloé, hacia los canales australes y confirma la existencia en esos paisajes de la Ciudad de los Cesares, diciendo que no pudo alcanzar hasta ella por falta de viento. Esto ocurría en 1620.

Alonso de Ovalle, en su "Historia Relación del Reyno de Chile" (1646), insinúa que los habitantes de la Ciudad pueden ser los naufragos de la expedición del Obispo de Placentia, que perdiera una de sus naves en nuestro Estrecho. También hace mención a ella el padre Olivares en su "Historia Militar, Civil y Sagrada de Chile".

Pero la atracción de esta ciudad paradisíaca no quedó sólo en los libros. El padre Nicolás Mascardi salió a fines de 1670 desde Chiloé en su busca, guiado por una atractiva princesa indígena llamada Huenquele. Llegado al borde azul del lago Nahuelhuapi, el sacerdote envía mensajes hacia el sur en idiomas tan diversos que resulta pintoresca su mención: en griego, latín, italiano, mapuche, quechua y yuki, y, por supuesto, en castellano. Alanzado en esta búsqueda murió asesinado en 1672, sin encontrar más realidades de la heidiza ciudad que los relatos de los naturales, que siempre le decían que ella estaba más al sur.

La imaginación de los que iban en busca de la "Ciudad de los Cesares" se iba poblando de datos concretos que hacían soñar hasta a los más sesudos y descreídos. "Tiene hermosos edificios de templos y casas de piedra labrada, techadas al modo de España... La gente muere de puro viejo, porque el clima y la tierra no consenten achaque alguno... Sólo faltan españoles para desentrañar tanta riqueza... Es la pura verdad, porque yo lo toqué con mis manos".

A fines del siglo XVIII sigue vigente la leyenda. Otro sacerdote, el padre Francisco Menéndez, también intentó dar con ella, pero unos dios belicosos le impidieron llegar hasta la ciudad encantada del oro y la plata.

En 1783 un piloto pidió al Gobierno del Reyno de Chile financiamiento para montar una expedición. Los santiaguinos, abrumados de tantas costosas fantasías, desbarataron el proyecto con el más contundente de los argumentos. No había cómo se voceaba por tradición en la parte austral de Chile tales Cesares.

Todo lo transcrito y mil leyendas más hablan de una ciudad feliz y portentosa en nuestros confines. El asunto parece disparado, pero a veces nos encontramos con otras visiones que corroboran, desde un ángulo diferente, la misma leyenda. Me refiero a los "sueños" de Don Bosco, hoy San Juan Bosco, el fundador de la benemérita congregación salesiana, a la cual fanno debemos los magallánicos.

Sus reiteradas visiones o sueños no son más que una versión pragmática y moderna de las fantasías que imaginaron los hombres de los siglos XVI y XVII. El no vea en nuestros australes latitudes casas de oro y plata, pero sí vio grandes rumbas de carbón, lingotes de hierro y cobre, fabricas, almacenes y puertos movidos por cientos de miles de personas... Es la misma quimera modernizada. Uno de nuestros gobernadores más eficaces del siglo pasado, el Comandante Oscar Viel Toro, proyectó la ciudad de Punta Arenas soñando a su modo: "londrina... ¡un millón de habitantes!"

Yo afirmo que tampoco estaban locos los pioneros patagónicos cuando, a pesar de todas las desgracias, lejanías, desamparos y mortales, se aficaron en nuestra tierra para luchar contra el viento y la marea su bandera de esperanza. ¿No soñaron acaso con una quimera? Y, por último, nosotros ¿no estamos seguros que nuestra tierra magallánica, que nuestra Punta Arenas, llegará a ser la ciudad del futuro? ¿No la vemos enlazando los océanos, uniendo lejanos continentes, sembrando riqueza y construyendo bienestar?

La "Ciudad de los Cesares" habrá desaparecido como una leyenda del pasado, pero está muy viva en la realidad del futuro, de ese que estamos fabricando todos los días con tanto trabajo como ilusión.



CAMPEONES DE CHILE. JUAN VARGAS Y ALICIA, la pareja magallánica que regresó desde Arica con el título de Campeones de Cuera de Chile, se presentaron exitosamente en los Juegos Femeninos del Casino Venus. Los asistentes premiaron con largos aplausos a este par de bailarines, quienes aparecen en la foto prestos a iniciar un pie de cuera.

La ciudad de los césares [artículo] Enrique Campos Menéndez.

AUTORÍA

Campos Menéndez, Enrique, 1914-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1981

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La ciudad de los césares [artículo] Enrique Campos Menéndez. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile